

EL CHOQUE DE LOS ISLAMISMOS Y LOS EFECTOS COLATERALES DE LA GEOESTRATEGIA REGIONAL. IRAQ, AFGANISTÁN Y SOMALIA COMO MODELOS

Ignacio Gutiérrez de Terán Gómez-Benita

**Departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales
Universidad Autónoma de Madrid**

1) Presentación

Desde hace algunos años venimos asistiendo al enconamiento de las tensiones y disputas en el seno de determinadas corrientes y grupos islamistas nacionales y regionales. Por descontado, las divergencias ideológicas y doctrinales entre unas formaciones y otras, desde los años setenta hasta hoy, han sido constantes en el proceloso cosmos de eso que algunos han dado en llamar el "islam político". No podía ser de otra forma tratándose de un espectro tan variado y policromo, por mucho que en determinados ámbitos de investigación occidentales se insista sin descanso en la "uniformidad" y "monolitismo" de los grupos islamistas. Sin embargo, lo novedoso, en lo concerniente a las fracturas detectadas en varios contextos islámicos, es que los enfrentamientos han terminado excediendo el margen de las controversias teóricas más o menos recurrentes para terminar derivando en enfrentamientos armados de inusitada virulencia y posicionamientos políticos encontrados.

Esta breve disertación aborda de forma sucinta y sin ánimo de ser exhaustivos la evolución de tales fragmentaciones en tres países donde los movimientos políticos islamistas tienen hoy en día un protagonismo destacable. Hablamos de Iraq, Afganistán y Somalia, tres estados caracterizados en la actualidad, con sus peculiaridades propias y con mayor o menor gravedad según de qué regiones se trate, por la inestabilidad, el derrumbe institucional y el caos y la inseguridad política y social. A nuestro entender, las discrepancias surgidas en el seno de agrupaciones islamistas que no hace tanto luchaban unidas contra el poder central, los rivales confesionales o el ejército ocupante no se deben a tanto a diferencias de método o credo sino a visiones irreconciliables respecto a la forma de

relacionarse con las nuevas realidades impuestas sobre el terreno por mor de los dictados y prioridades geoestratégicas de este segmento o aquél.

En primer lugar, pues, se hará una breve exposición de la naturaleza de la divergencia interislamista, entendida siempre como fricción entre grupos, facciones y colectivos que abogan por una solución "islámica" a los problemas políticos, económicos y sociales de sus países. A continuación, trataremos de trazar una panorámica de las disensiones surgidas en el interior de determinadas agrupaciones preponderantes en los estados objeto de estudio. Y, por último, procederemos a poner sobre el tapete una serie de conclusiones e hipótesis que, esperamos, susciten el debate y el intercambio de pareceres entre quienes hayan de participar en este simposio.

2) El cainismo islamista y el fenómeno del "takfir"

El término "takfir" ريفكفك procede de la raíz árabe "kafara" ريفك, *ser infiel*, de la cual constituye el masdar o "nombre de acción" en forma segunda factitiva o causativa, es decir, "hacer infiel a alguien o atribuirle la condición de hereje/ ريفكفك اىل اىبسن" o, de manera más comprensible, el acto de anatemizar. La anatemización, en resumidas cuentas, es una figura existente en la civilización islámica desde los primeros tiempos y ha constituido un delito penado con la máxima sanción. Contamos con ejemplos de poetas, filósofos, maestros sufíes, líderes políticos y militares que fueron condenados, acusados o motejados de "kufr" bajo formas diversas y delimitadas como *zandaqa* (en origen, adepto al maniqueísmo y otras filosofías orientales "dualistas"; con el tiempo, sirvió para designar al ateo, descreído o contrario a la unicidad divina), *ridda* o *irtidad* (apostasía, renuncia al islam para abrazar otra religión o, simplemente, renegar de aquél sin más), *shirk* (asociacionismo o politeísmo), por ejemplo. En esencia, el káfir ريفاك, que en español ha abocado por los a veces caprichosos vericuetos lingüísticos al vocablo "cafre", y que nuestros diccionarios suelen traducir por "pagano", designa a la persona que no cree en la Unicidad de Dios; pero también al que pone en duda la Profecía y la Ley divina. Es decir, que un *kafir* es, para entendernos, un no musulmán.

En los textos islámicos clásicos, el término aparece inserto en el marco de estas variantes. Unas veces designa a los no monoteístas y otras, a los no musulmanes. No nos interesa a nosotros aquí, con todo, la dimensión semántica e histórica de la palabra, ni deseamos disertar *in extenso* sobre su alcance en los parajes coránicos, los hadices del Profeta y los estudios de alfaquíes y ulemas. Sí nos parece pertinente resaltar que la palabra "takfir", en nuestro perímetro contemporáneo, nace como invectiva, en determinados grupos islamistas, contra individuos y agrupaciones de religión musulmana que por la razón que sea han hecho dejación de su obligación de ser y actuar como musulmanes. Tras un primer momento en que esta articulación fue dirigida hacia los dirigentes y responsables políticos musulmanes "desviados", la imputación pasó a englobar también a los activistas de formaciones islamistas rivales tachadas de heterodoxos o traidores a la causa.

Suele aducirse que la estructuración de un corpus ideológico y argumentativo sobre la impiedad de los responsables musulmanes y, por consiguiente, la obligatoriedad de hacerles frente o, cuando menos, abstenerse de obedecer sus dictados, procede de los escritos de Sayyid Qutb, pensador egipcio condenado a la pena capital por el régimen de Abdel Naser. La brutalidad y contundencia de los servicios de seguridad de éste, padecida por Qutb y otros activistas más o menos cercanos a los Hermanos Musulmanes en las cárceles egipcias, allanó el camino a la radicalización de numerosos islamistas. Convencidos con mayor o menor razón de que el sistema político árabe imperante en los sesenta del siglo pasado, ceñido al dominio militar y la represión política, sólo podía ser derrocado por la movilización social y, llegado el caso, la insurrección, Qutb y otros sistematizaron la ruptura de uno de los grandes tabúes ideológicos de la teoría política islámica, a saber, que la obediencia al dirigente musulmán (de la Umma, al fin y al cabo), por muy tiránico y abusivo que fuera, siempre era mejor que la *fitna* o escisión cainita-guerra civil de la sociedad musulmana. Esto es, que era un mal menor, comparado con las catastróficas consecuencias derivadas de una quiebra del sistema vigente.

Esta concepción "necesaria" de la integridad del estado islámica y sus instituciones, atribuida en los estudios al uso a jurisconsultos como al-Mawardi, constituyó, sobre todo en épocas de amenazas territoriales para los dominios islámicos, una especie de válvula de seguridad, para regímenes que disponían de herramientas doctrinales y teóricas coercitivas, frente a conatos de revuelta interna. En verdad, un repaso histórico al devenir de las grandes dinastías y estados islámicos desde la época de los cuatro califas ortodoxos (S. VII) hasta el Imperio Otomano (S. XX) demuestra que, salvo excepciones muy notables, su caída y desaparición se produjo a manos de familias, tribus o líderes militares rivales, bien procedentes de regiones no muy lejanas y constituidos en ejércitos invasores bien nacidos en el corazón mismo del estado y coaligados en derredor de segmentos sociales descontentos con un poder que daba señales inequívocas de decadencia y descomposición. Un exponente clásico de la primera clasificación la tenemos en los abbasíes frente a los omeyas, a pesar de los componentes de legitimidad religiosa esgrimido por aquéllos, o la derrota de los mamelucos a manos de los otomanos. Del segundo dan buena fe los movimientos "rehabilitadores" de grandes dinastías magrebíes como los almorávides y los almohades o el trasiego de reinos y emiratos que se sucedieron en las regiones de Egipto, Siria e Iraq durante los primeros síntomas de flaqueza en el imperio abbasí, S. X, hasta su extinción de resultas del vendaval mogol en el S. XIII.

A este respecto, cabe destacar que el estado islámico por excelencia, el más longevo y durante algún tiempo el más extenso, el imperio otomano, se derrumbó más por su debilidad estructural que por el efecto de levantamientos internos, al menos en lo que hace a sus territorios islámicos. Las potencias europeas en el norte de África y el ascenso de dirigentes locales semi independientes en Egipto por un lado, y los estragos de la Primera Guerra Mundial en sus dominios mediorientales hicieron el resto. Y hoy en día, y salvo también alguna excepción como Irán, los cambios de gobernantes en la gran mayoría de los estados islámicos, desde el fin de la

Segunda Guerra Mundial hasta hoy, han venido de la mano de golpes de estado o asonadas palaciegas orquestados por elementos de la oligarquía o por medio de intervenciones externas, nunca de revoluciones, revueltas o levantamientos populares, del signo político que sea. Y eso a pesar de la corrupción, criminalidad y tiranía de buena parte de estos regímenes, inmisericordes por otra parte a la hora de lidiar con cualquier atisbo de descontento social.

Eso sí, el periodo otomano tardío fue testigo de un movimiento reformista islámico, el de los wahhabíes, a finales del S. XVIII, que, en un gesto inusual e inusitado hasta entonces, enarboló la lucha contra la desviación e impiedad de un sistema islámico, el califato de la Gran Puerta ni más ni menos, y llamó a oponerse a la plasmación de este poder infiel en la Península Arábiga. Quizás, sólo podría hallarse un predecesor en la corriente jarichí, nacida en plena disputa entre los seguidores del califa Ali ben Abi Talib y los omeyas (S. VII), la cual asentó premisas harto tajantes sobre la rectitud del gobernante islámico. Más aún, algunas escuelas jarichíes reclamaron como norma de obligado cumplimiento la resistencia al gobernante descarriado¹. Los wahhabíes no triunfaron en su empeño y Estambul, por medio de Mehmet Ali el egipcio, recuperó el esbozo de dominio territorial mantenido hasta entonces. Pero el acto de los wahhabíes originarios, que no sus premisas ideológicas, sirvió de referencia para un levantamiento posterior, la Revuelta Árabe, en la Primera Guerra Mundial, que esta vez sí consiguió formularse como corriente de oposición religiosa-nacionalista, con la familia de los jerifes hachemitas como estandartes... y la decisiva aportación táctica, logística y militar de los británicos. Curiosamente, los hachemitas fueron desplazados del poder en la Península Arábiga por la familia de los Saud, adheridos a la teoría wahhabí y responsables de una parte significativa de la deformación nociva y viciosa sufrida por la doctrina islámica a manos de los segmentos más rigoristas y "cafres".

Sin duda alguna, el antecedente wahhabí sirvió de armazón para la teoría de la impiedad del gobernante musulmán, con independencia de que éste se reclame a sí mismo como garante de la ortodoxia religiosa y adalid de la Umma, y ayudó a trabar la imagen de la "yahiliyya" ("ignorancia", literalmente en árabe, en alusión al periodo histórico anterior al encumbramiento del islam), aplicado esta vez a las sociedades musulmanas que "desconocen" o soslayan las verdaderas pautas de comportamiento islámico. Ante este acto de infidelidad resulta lícito, pues, negarse a formar parte de la sociedad en apariencia musulmana y "emigrar" (*hiyra*, هجرة, término que aparece en la denominación de alguna formación islamista) o, si es factible, combatirla con los medios al alcance. De ahí, a partir de la década de los sesenta, a justificar la lucha armada contra los

¹ Es cierto que los jarichíes, en concreto las facciones menos acomodaticias, pusieron gran énfasis en la rectitud y bondad de los gobernantes, más en el hecho de que fueran musulmanes –debían ser buenos musulmanes; de lo contrario, debían ser combatidos tras la preceptiva anatemización. No obstante, los teóricos islamistas modernos rechazan la comparación con los jarichíes, a pesar de los componentes de igualitarismo y justicia islámica presentes en las proclamas de algunos de ellos, por considerarlos un movimiento desgajado de la primitiva comunidad musulmana y desvinculada por tanto de la primera concepción de estado islámico.

regímenes desviados había un paso. Acto seguido, bastaba girarse un poco hacia un lado para tocar de lleno el espacio de la anatemización de los islamistas que no compartían la postura propia sobre la infidelidad, la lucha contra el *tagut* o dirigente islámico infiel y la aplicación tajante de la Sharía o Ley islámica.

3) De la fractura intestinal del islamismo argelino a la disensión sunní en Iraq

A finales de 1991 y principios de 1992, tuvo lugar la eliminación del sistema multipartidista recién estrenado en Argelia. La supresión de los resultados electorales, que habían deparado el triunfo absoluto del Frente Islámico de Salvación (FIS), y el retorno de los militares a la primera línea de fuego abocaron al país a una crisis institucional y una cruenta espiral de violencia que aún pervive. También condujo a una escisión radical en el seno del movimiento islamista argelino, hasta el punto de que los combates entre grupos islamistas rivales se convirtieron, en determinadas regiones y periodos, en moneda tan corriente como los enfrentamientos con la gendarmería y el ejército. A decir verdad, las divergencias de peso habían comenzado a aflorar antes del golpe de mano militar, cuando el FIS había cosechado sus primeros éxitos en las elecciones municipales celebradas meses atrás. En esencia, giraban en torno, entre otras cosas, a la conveniencia o no de participar en el juego democrático y legitimar lo que los críticos consideraban una especie de maniobra para "maquillar" el monopolio real de los uniformados, quienes, según esta versión, seguían controlando las riendas del gobierno en la sombra. Las rupturas y desavenencias dentro del FIS, que no dejaba de ser una coalición de individuos y colectivos islamistas de procedencia diversa, solían abarcar cuestiones de orden pragmático y ejecutivo (v.g., cómo conciliar los dictados de la Ley religiosa con los presupuestos de un sistema en principio laico) o la composición e identidad de los órganos de mando internos. En plena época de atentados brutales y salvaje represión militar el motivo de discordia entre unos y otros siguió siendo la definición de prioridades.

El Grupo Islámico Armado (GIA) y otras facciones vinculadas a la línea extrema acusaron al FIS y a su brazo militar, el Ejército Islámico de Salvación (EIS), de pusilanimidad, ambigüedad o incluso connivencia con el sistema argelino y comenzaron a atentar contra líderes y simpatizantes del partido. Las incursiones demenciales en aldeas y comunas conocidas por su filiación al FIS, atribuidas de forma genérica por las fuerzas de seguridad argelinas a los "terroristas islamistas", incitaron numerosas sospechas sobre los vínculos posibles entre los islamistas radicales y los servicios secretos. La suposición de que numerosas barbaridades cometidas contra la población civil habían sido perpetradas por escuadrones de la muerte dirigidos o infiltrados al menos por agentes gubernamentales empezó a tomar cuerpo tras las revelaciones de un número de antiguos oficiales. Por su parte, el FIS había denunciado desde el inicio de las hostilidades el desviacionismo de los radicales y sus objetivos espurios así como la inconsistencia de su programa político, que pasaba por el intento genérico de imponer un emirato islámico. Para los radicales, el FIS era un ejemplo de

oportunismo e hipocresía, responsable del derrumbe del bando islamista. Y no digamos ya las formaciones de cuño diverso que, bajo el epígrafe general de islamistas moderados, han surgido en la escena política argelina tras la prohibición del FIS.

No podemos detenernos, evidentemente, en los pormenores de este cisma islamista en Argelia pero sí establecer algún paralelismo con episodios vividos con posterioridad en este o aquel país. Pongamos el ejemplo de Iraq. Como es sabido, la relevancia de la corriente islamista dentro de éste, desde su independencia, ha sido escasa hasta 2003. Bien es verdad que en el interior de la comunidad chií duodecimana aparecieron durante el periodo baazista, a partir de los setenta, grupos políticos de clara adscripción religiosa. La represión por parte de Bagdad de cualquier manifestación ajena a su concepción ideológica, ya fuera el ideario de los comunistas, los nacionalistas kurdos o los realistas, alcanzó también a los islamistas chiíes. En realidad no se trataba tanto de asociaciones de corte islamista como del ascendente de numerosos ayatolás y hombres de religión, de gran prestigio en centros de irradiación doctrinal como Nayaf y Karbalá. Se temía en Bagdad que el evidente influjo de aquéllos pudiera suscitar posibles veleidades antiseccularistas, en especial a partir de la Revolución iraní de 1979. Los referentes ideológicos y doctrinales de la chía sufrieron la inevitable persecución policial y sus formaciones hubieron de buscar refugio en otros lares, la mayor parte en Irán. En ésta medrarían o verían la luz grandes partidos y milicias islamistas chiíes, alguno de los cuales gobierna el Iraq de hoy. El otro gran segmento confesional iraquí, los sunníes, no hizo gala, por lo general, de tendencias proislamistas y parecía más proclive a sustentar corrientes afines al nacionalismo árabe o, en todo caso, secularistas. Esto no significa ni mucho menos que los sunníes, como solían decir con su pernicioso e ignorante zafiedad los medios de comunicación occidentales, fueran partidarios del gobierno del Baaz – cualquier conocedor de la tragedia iraquí sabe que la represión baazista alcanzó a todos los iraquíes- ni que se caracterizaran por su falta de compromiso religioso. Sí había ulemas y alfaquíes reputados en la comunidad sunní y un sentido práctico de la religiosidad pero tales características, por las razones que fueran, no devinieron en el islam militante desarrollado entre un segmento significativo de chiíes, soliviantados, además de por los métodos dictatoriales del sistema baazista, por la prohibición de las celebraciones rituales propias de los duodecimanos.

La gran paradoja es que gracias a la ocupación estadounidense se ha forjado en Iraq un panorama de influencia islamista que nadie habría podido aventurar a principios de los ochenta. Uno de los principales resortes legitimadores de la invasión, la lucha contra al-Qaeda y el terrorismo (islamista) internacional, resulta hoy por hoy una chanza de dudoso gusto: si al-Qaeda nunca tuvo presencia en Iraq ahora es operativa en amplias regiones del centro del país; mientras que los islamistas, chiíes, controlan el sur y en el seno de los sunníes son las formaciones políticas islamistas y las agrupaciones de ulemas quienes aglutinan el mayor sostén social. El porqué de esta realidad guarda estrecha relación, por otra parte, con los dictados de la estrategia de los ocupantes estadounidenses y la necesidad

de hallar elementos internos de contrastada capacidad de influencia para reforzar o al menos no laminar su proyecto. Pero para la formación de un mapa político iraquí autónomo y sostenible ha terminado siendo demoledor.

En el caso particular iraquí, la controversia islamista presenta un condicionante especial, a saber, el perfil propio de la lucha de resistencia contra el invasor. Entre las facciones que combaten a los soldados estadounidenses y las fuerzas de seguridad dependientes del gobierno iraquí abundan los grupúsculos islamistas, chiíes y sunníes, que presentan notorias divergencias entre sí más allá de poner el énfasis en la necesidad de combatir al ocupante. Más aún, por lo que hace a las facciones sunníes, el factor de al-Qaeda terminó originando hace un par de años una escisión entre los que anunciaron su sujeción a los dictados de la organización terrorista internacional y quienes antepusieron una agenda estrictamente iraquí. La cosa se agravó cuando varias tribus predominantes en regiones colindantes con Bagdad decidieron formar sus propias brigadas armadas, *al-Sahwa* o el despertar, para defender, precisamente, sus territorios de los desmanes de al-Qaeda y satélites locales. Ha sido la efectividad de tales brigadas, integradas por combatientes curtidos en los batallones de resistencia contra las tropas de ocupación, lo que ha reducido de manera apreciable la actividad de al-Qaeda en amplias áreas del llamado triángulo sunní, para sorpresa y alivio del régimen de Washington, que con limitarse a armar y adiestrar a *al-Sahwa* ha obtenido, tras años de operaciones militares, réditos inéditos. El desarrollo de estas milicias tribales-populares ha provocado también numerosas tensiones entre las formaciones políticas sunníes y la Asociación de Ulemas, que se ha convertido en tiempos recientes en el portavoz político de la resistencia.

Los atentados indiscriminados de las células de al-Qaeda, sobre todo bajo el mando de Al-Zarqawi, supusieron un punto de inflexión en las relaciones entre las facciones "internacionalistas" y los grupos islamistas nacionales. La adopción de una línea de oposición frontal hacia la comunidad chií, incluyendo la voladura de mezquitas (*husayniyyat*) y zocos populares en los barrios y ciudades donde aquélla es mayoritaria, ha sido fatal para los intentos de armar una resistencia multiconfesional. Asimismo, los ataques a hombres de religión y creyentes sunníes, tachados de poco "comprometidos" con la versión particular del *yihad* según al-Qaeda; o las imposiciones y normas estrictas aplicadas en los lugares sometidos a los wahhabíes-salafistas, muchas de ellas absurdas y de dudosa armonización con la visión tradicional del sunnismo iraquí, contribuyeron a agravar la situación. Desde luego, por debajo de todas estas divergencias subyacía, una vez más, un aspecto operativo de gran importancia: las prioridades de acción y los modos de conseguir el objetivo principal: unos abogaban por centrarse en la lucha contra los ocupantes; otros, en ampliar el abanico del gran *yihad* regional. Evidentemente, para los primeros, lo principal era forjar un frente multilateral anti-ocupación con presencia de baazistas, islamistas chiíes nacionalistas, comunistas, etc.; para los segundos, prevalecía el afán de instaurar un estado islámico en las "zonas liberadas".

La eliminación de al-Zarqawi, abatido por soldados estadounidenses y supuestamente delatado por círculos islamistas cercanos a él, junto con la propagación de las milicias de *al-Sahwa*, demuestran que la visión de al-

Qaeda, por fortuna, no se ha impuesto. Como en Argelia, cabe sospechar, a la vista del sinsentido de las sangrientas operaciones de al-Qaeda contra objetivos civiles, tan dañinas para la imagen de la resistencia iraquí y su prestigio entre los iraquíes, una más que probable infiltración de servicios secretos nacionales y extranjeros en la organización. Eso por no hablar del maremágnum de coches bomba, atentados suicidas y secuestros que se han sucedido en Iraq desde hace un lustro, muchos de ellos de autoría indeterminada más allá de la etiqueta de "acción terrorista". Empero, las posturas de los dirigentes políticos y religiosos sunníes iraquíes permiten aventurar diferencias de fondo con la doctrina y estrategia de los salafistas internacionalistas. Desacuerdos que pasan por la interpretación misma del *yihad* y aspectos básicos de la Ley islámica, pero que tienen su principal fundamento en el *modus operandi* de la resistencia y las vías posibilistas de una operación más o menos restringida con el gobierno.

4) La fragmentación del yihadismo afgano y el cainismo islamista en Somalia

4.1) Afganistán:

Sin duda alguna, el triunfo del alzamiento armado contra la presencia soviética en Afganistán tuvo mucho que ver con el espíritu yihadista que la presidía. Con todo, este entusiasmo doctrinal, que insuflaba en los "muyahidines" una fe y tesón inquebrantables no habría cosechado un éxito rotundo de no haber mediado el generosísimo apoyo logístico y material de Estados Unidos a través de sus grandes aliados en la región, Pakistán y Arabia Saudí. Los círculos políticos estadounidenses prefieren pasar página hoy a aquel periodo, pero no está de más recordar las encendidas proclamas de admiración dedicadas por la Administración Reagan, en los ochenta, con epítetos épicos de gran calibre ("defensores de la libertad", "reflejo de los padres fundadores de la gran nación estadounidense", "bravos y nobles combatientes") que hoy suenan ridículos a la vista del tono oficial reservado a todo lo que tenga que ver con el islamismo. En fin: las guerrillas islámicas apearon a los soviéticos y los comunistas afganos y crearon un poder ceñido a los intereses regionales de cada señor de la guerra. Éstos, en esencia, siguen estando presentes la escena política del país y mantienen sus feudos habituales, con alguna excepción como la de Shah Masud, líder de la Alianza del Norte anti-Talibán, asesinado en 2001.

Dejando a un lado el quórum sobre el *yihad* contra los soviéticos y la reclamación de un islam unificador, los puntos en común de los muyahidines no eran precisamente abundantes. Como se demostró con la creación del gobierno de coalición en 1992, tras la caída de los comunistas, y las guerras intestinas que lo desarbolaron, los desniveles étnicos y confesionales (uzbecos, pashtunes, hazaras y tayicos/ chiíes y sunníes, etc) resultaron más determinantes que la supuesta unidad islamista. Estos señores de la guerra y sus milicias, delimitadas principalmente según su pertenencia étnica, sólo volverían a dejar sus rencillas a un lado con la irrupción de los talibanes en 1994. Éstos sí tenían un programa doctrinal y un manual de acción claramente estructurado y al menos sabían en qué pretendían convertir Afganistán: un estado islámico, según un concepto más

bien cercano a la escuela wahhabí, con todo lo que ello implicaba. De hecho, no fue casual que uno de sus principales valedores fuera Arabia Saudí, cuya sangrienta y aberrante aplicación de la normativa de sanciones islámicas fascinó a los estudiantes de teología afganos o *taleb*; o que el régimen pakistaní, conocido también por su interpretación *sui generis* de la Sharía, los utilizara para acrecentar su marco de influencia dentro de Afganistán y de paso neutralizar el influjo de Irán, a través de los hazaras, o de las Repúblicas de Uzbekistán y Tayikistán y en general los estados de Asia Central y Turquía. Más aún: las leyes bárbaras y pleistocénicas, desde la imposición de la barba a la anatemización de la televisión o el ostracismo de las mujeres, por no hablar de las ejecuciones públicas, no parecieron importar fuera de Afganistán a nadie hasta que Estados Unidos comenzó a mostrar su inquietud ante el empecinamiento rigorista de los talibanes en materia de política regional, no mucho antes del 11-S. Y seguimos recordando, cuando ya dominaban buena parte del país, la famosa fotografía de una delegación de representantes talibanes en visita a las fuerzas vivas del petróleo de Texas para hablar de concesiones petrolíferas.

Es interesante resaltar ahora que los talibanes se alzaron en armas contra dirigentes muyahidines que habían hecho causa del islam militante. Por descontado, los líderes de las milicias muyahidines eran a ojos de los talibanes unos infractores de la verdadera razón islámica; y por lo tanto, como si de una renacida ola wahhabita se tratara, los talibanes se pusieron al frente de un movimiento de reforma islámica. Habida cuenta del escaso bagaje doctrinal de aquellos primeros adalides muyahidines resulta complicado hablar aquí de diferencias teóricas e ideológicas entre unos y otros. no porque fueran inexistentes sino porque, en lo referente a muchas milicias muyahidines, era complicado saber en qué consistía su programa político y social una vez expulsados los comunistas. Pero cabe resaltar que el gobierno local creado por los ocupantes estadounidenses ha fomentado la aplicación de comportamientos y normas inspirados por versiones muy severas de la Ley islámica, con el objeto de contrarrestar, en parte, la propaganda talibán, cuyo programa simple y contundente sigue resultando válida para un sector de una sociedad afgana eminentemente tradicionalista y conservadora.

En los últimos tiempos han comenzado a resultar apreciables en las filas talibanes discrepancias de fondo entre unas facciones y otras en torno a la estrategia a seguir en la lucha contra las tropas extranjeras. Algunos informes hablaban a mediados de 2009 de enfrentamientos armados entre dirigentes rivales, todo ello en el contexto de un creciente estado de efervescencia entre los talibanes pakistaníes, acosados a su vez por el ejército de Karachi. Estas supuestas desavenencias, cuyo alcance y significación reales nosotros ignoramos, no han hecho mella, parece, en el curso de las operaciones desarrolladas contra los ejércitos ocupantes, máxime si tenemos en cuenta los comentarios pesimistas de los generales occidentales sobre el curso de la contienda. Pero no son ajenas al guión de la controversia interislamista apreciada en otras regiones.

4.2) Somalia

Las disputas fratricidas de los islamistas

. A nuestro parecer, el país que mejor escenifica la génesis y desarrollo de un estallido antagónico en el seno de una corriente islamista nacional es Somalia. En esta ocasión, el detonante ha sido claramente geoestratégico. Como se recordará, los islamistas somalíes, insertos en los llamados Tribunales Islámicos, se hicieron en 2006 con la mayor parte de Somalia (desgajadas Somalilandia y Puntlandia, en el norte), en una serie de operaciones militares exitosas contra el gobierno federal transitorio (tan poco efectivo y determinante por cierto como los gobiernos actuales en Afganistán e Iraq). Esta propagación islamista y las acusaciones occidentales de que Somalia se había convertido en una avanzadilla de al-Qaeda en el Cuerno de África sirvieron de pretexto a Etiopía, con el visto bueno estadounidense, para invadir el país. Tras la derrota de los grupos armados de los Tribunales Islámicos y la dispersión de sus líderes, los islamistas formaron una coalición nacional contra la ocupación, encabezada por Sharif Ahmed. líder destacado de los Tribunales durante el periodo anterior. Sin embargo, según la corriente más estricta, encabezada por Dahir Aweis, uno de los fundadores del movimiento, los islamistas moderados de Sharif Ahmed acabaron anteponiendo el favor de las prebendas políticas a la prioridad de luchar contra las tropas etíopes y derrocar al gobierno y parlamento federales, herramientas en su opinión de la influencia externa etíope. Ante la determinación de los islamistas moderados de participar en conversaciones de paz con los representantes del ejecutivo federal y establecer un calendario para la salida de las tropas etíopes, la corriente de Aweis decidió separarse de la de Sharif Ahmed y formar la llamada "Alianza para la Liberación de Somalia –Facción de Asmara" con el objetivo de expulsar al ejército etíope *manu militari*. Los partidarios de Sharif Ahmed quedaron englobados en la "Alianza para la Liberación de Somalia – Facción de Yibuti" y accedieron a tomar parte en rondas de conversaciones patrocinadas por las Naciones Unidas y los estados de la zona. De estas negociaciones terminaría emanando el Acuerdo de Paz de Yibuti, que incluía la retirada de los contingentes etíopes, el despliegue de tropas africanas de paz y la nominación de un nuevo presidente por parte de los parlamentarios somalíes. Resulta evidente que la aceptación por parte de Sharif Ahmed de la interlocución con los representantes del gobierno federal equivalía a reconocer la legitimidad de éstos, en contra de la postura tradicional de los islamistas somalíes. Además, la postura de Ahmed, proclive al diálogo con unos y otros, fue tachada de "pro estadounidense", ya que, sospechan, los acuerdos de paz de Yibuti no habrían sido posibles sin una implicación directa de Washington a favor de aquél.

Aweis y los suyos, entre los que se cuentan representantes de las tendencias más radicales del islamismo somalí, se han opuesto a la presencia de contingentes africanos en sustitución del ejército etíope. Tras la evacuación de éste, los ataques de las milicias se centraron en el destacamento africano. Muy activa en este apartado ha sido la organización de *al-Shabab*, formada inmediatamente después de la disolución de los Tribunales Islámicos e incluida por los Estados Unidos en la lista de grupos terroristas coaligados con al-

Qaeda. En un primer momento, no mantenía relaciones directas ni dependía de la Alianza Nacional para la Liberación de Somalia; con posterioridad, según ha reconocido Daher Aweis, han abundado los contactos entre unos y otros para formar un frente común ante los islamistas moderados y el ejecutivo federal, sobre todo después del avance de *al-Shabab* en amplias zonas del sur y la toma de ciudades de gran importancia estratégica, incluidas áreas de Mogadiscio. En la actualidad, el radio de control del gobierno se ha reducido a Mogadiscio y su contorno, es decir, la estrecha franja de territorio que ha permanecido en manos de los ejecutivos anteriores. Sólo la capacidad de reacción de los combatientes islamistas fieles a Sharif Ahmed y la injerencia de los estados africanos a favor de las fuerzas de policía y gobierno dependientes de aquél pueden evitar su derrumbe definitivo. Por lo pronto, la aviación estadounidense ha redoblado sus ataques contra dirigentes y objetivos de *al-Shabab*, como el bombardeo de una delegación del grupo en septiembre de 2009. Sigue siendo un albur el futuro político de Somalia, pero sí resulta evidente que la fractura dentro de los Tribunales Islámicos ha puesto de relieve, una vez más, que los islamistas no están exentos de los desencuentros estratégicos y las presiones del entorno regional. En verdad, y esto recuerda en cierto sentido el antecedente de los muyahidines afganos, los Tribunales Islámicos nunca fueron una agrupación homogénea: junto a la dimensión regional y clásica propia de algunos componentes abundaban los matices particulares sobre el modo y necesidad de aplicar la Ley islámica, la cooperación con otras fuerzas políticas o el reparto mismo de poder.

5. Conclusiones

Como hemos destacado con anterioridad, no era nuestro propósito realizar un análisis exhaustivo de las posturas contrapuestas de unos sectores y otros dentro de los grandes grupos islamistas. Ni en el mundo islámico en general ni en ninguno de los tres países mencionados con mayor detalle. Se trataba, únicamente, de llamar la atención de los lectores sobre aspectos que, a nuestro entender, merecen un debate detenido:

- 1) El incremento de la diversidad de enfoques doctrinales e ideológicos entre los grupos islamistas, dentro inclusive de una única formación, ha sido una constante en los últimos tiempos.
- 2) La constitución de grandes coaliciones islamistas no garantiza una cohesión interna que sirva de parapeto a las disparidades naturales entre las fuerzas que la componen.
- 3) Por lo general, las decisiones estratégicas de determinadas cúpulas dirigentes han sido el detonante de escisiones irreversibles en los movimientos islamistas.
- 4) También, la prioridad concedida a la acción doméstica, regional o internacional ha introducido elementos de fricción entre los integrantes de una agrupación.
- 5) El aumento de tensiones regionales y la implicación de potencias extranjeras en el conflicto interno pueden llegar a ejercer un influjo desestabilizador en estas formaciones y trastocar sus prioridades doctrinales y de método.

- 6) El concepto mismo de *yihad* termina siendo sometido a interpretaciones difícilmente conciliables según sean los intereses nacionales o regionales de los actores implicados.